

Juan Jaime Cesio

The silly war o “la guerra tonta”

Juan Jaime Cesio

General de Brigada (R)
Ejército Argentino.
Oficial de Estado Mayor.
Miembro del Centro de Estudios
Legales y Sociales (CELS).
Miembro Fundador del Centro de
Militares para la Democracia
Argentina (CEMIDA).
Agregado Militar en Francia

Aún antes de que nos enteráramos que gracias a ella, “la Thatcher”, se recobró de la impopularidad y obtuvo su reelección; aún antes de que supiéramos que las Islas Malvinas se encontraban en franca regresión por falta de incentivos -cada año aumentaba el número de pobladores que la abandonaban- y ahora sus habitantes tienen un ingreso *per cápita* de los más altos del mundo, ¿qué se hubiera dicho de una guerra anglo-argentina? Lo de tontos es un calificativo piadoso.

Al cumplirse un cuarto de siglo de la guerra se afirmó que los argentinos podríamos haberla ganado si sus conductores no se hubieran singularizado por su impericia. No es así, porque una mediana potencia como la nuestra enfrentó no solamente al Reino Unido sino a todos los signatarios del Pacto del Atlántico Norte (OTAN). Galtieri y los suyos, en su ceguera impúdica, quisieron ignorar que iban a privilegiarlo a costa del Tratado de Asistencia Recíproca (TIAR), concebido por los EE.UU. para enfrentar la guerra fría.

El TIAR, aún en revisión, compromete a sus Estados miembros -todos los países del continente-, a repeler juntos la agresión de una potencia ajena: la Unión Soviética de entonces. Todos los años tenían lugar las conferencias de ejércitos americanos donde se actualizaban las previsiones para hacer frente a tal eventualidad. En Caracas, en 1973, tuvo lugar la X Conferencia a la que asistí acompañando al entonces Comandante General del Ejército, Tte. General Jorge Raúl Carcagno. Las diferencias con la delegación argentina comenzaron no bien el protocolo cedió su lugar a la tarea que nos congregaba. En su discurso inicial el comandante argen-

tino lamentó “la ausencia de la hermana república de Cuba” ante el azoramiento y perplejidad de los representantes allí reunidos que hasta incluían a los de Trinidad-Tobago.

La delegación de EE.UU., aunque también se eximió de aplaudir, no perdió su circunspección hasta que Carcagno se mostró en desacuerdo con la determinación del enemigo: el comunismo internacional según los trabajos previos. Sostuvo que el principal enemigo de los países del Cono Sur, la América Central y el Caribe era la explotación inicua de las potencias centrales y que debía denunciarse al TIAR. Quiso retirarse de la Conferencia y finalmente quedó como observador por los buenos oficios de los venezolanos. A su regreso, pasados tres meses, tuvo que dejar su cargo, no sin antes proponer que dejáramos de ser parte del Tratado.

¿Cómo pudieron pensar los jefes del llamado Proceso que América del Norte iba a permanecer neutral ante el intento de recuperar nuestras Islas? El combate es la *última ratio* en un conflicto bélico. Antes de él hay que valorar al enemigo en los aspectos políticos, económicos y diplomáticos. A la Segunda Guerra Mundial la perdió Alemania cuando denunció el Pacto Von Ribbentrop, y sus ejércitos triunfantes, en su ofensiva hacia el oeste, se encontraron con un nuevo enemigo a sus espaldas.

Por tal razón atribuyo al entonces canciller Nicanor Costa Méndez una de las mayores responsabilidades en el desastre. Aunque no haya sido consultado previamente, omisión impensable, producido el hecho debió operar en consonancia y aprovechar las mediaciones que no